LECTURAS DE HOY: 21/2/23
(Ecl 2,1-13; Sal 36; Mc 9,29-36).

**CONVIVIR CON LAS PRUEBAS**

La sabiduría bíblica comienza orientándonos, nos recuerda que cuando nos disponemos a servir al Señor hay que prepararse para las pruebas. Las pruebas, a diferencia de las tentaciones, tienen un matiz positivo. Las tentaciones, consentidas, llevan al mal; pero las pruebas bien vividas dejan frutos y hacen crecer. Las tentaciones no pocas veces la procuramos, las pruebas, nos llegan sin aviso, de sorpresa. Vamos a considerar cómo convivir con ellas, en paz.

Aconseja la sabiduría que, en momentos de prueba hay que mantener firme el corazón, sin asustarse. Considere lo que va pasando dentro, en el interior de la persona. Esta actitud supone un ejercicio; no enfocarse en uno mismo, en sus propias fuerzas, sino encausar el corazón en Dios, quien da la firmeza. No importa que tan altas vengan las aguas ni los tsunamis, la clave está en pegarse y esconderse en Él.

Usted pudiera pensar que es fácil escribir cosas bonitas, pero a la hora de la verdad cualquiera se desespera. Entonces pregunto, ¿por qué los apóstoles pudieron sonreír y cantar en medio a las persecuciones? Porque reconocieron que estaban viviendo aquellas señales que el Señor les había advertido. No puede haber vida de fe sin pruebas. Cuando la fe acompaña la prueba usted se siente como un pedacito de “oro” que lo acrisola el fuego. Son varios tipos de hornos que nos cocinan por dentro, de los que no podemos salir huyendo.

En el horno de la prueba que nos hace hombres y mujeres de verdad está el amor de Dios. Y si uno quiere dar un paso más hacia la santidad, en ese momento de la prueba, como dice el Salmo 36, “confía en el Señor y haz el bien”. Evangeliza sin saberlo aquella persona que pasa por una situación difícil y sabe sonreír, mantener la paz, sin dejar de avanzar hacia la luz, haciendo cosas buenas por los demás.

Llama la atención como Jesús, en el evangelio, anuncia pacíficamente que va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán. Pero no termina la historia en la muerte, asegura que el Padre, a los tres días, lo resucitará. El Señor nos da la luz de mirar más allá de la prueba. Nos espera Él con su consuelo, y con su respuesta. Las preguntas de esta meditación las coloca la misma Palabra:

1.    ¿Quién confió en el Señor y quedó defraudado?

2.    ¿Quién esperó en Él y quedó abandonado?

3.    ¿Quién gritó a Él y no fue escuchado?

Señor, como un niño confía en su madre, así nuestro corazón desea confiar en ti. Donde tú habitas no hay miedo, sino confianza. Ayúdanos a no fijar los ojos en la situación difícil por la que pasamos, sino en la gracia que nos sostiene para atravesarlo y desempeñarnos bien. Que esperemos, Señor, en tu misericordia, sin quejas ni desesperación.